

Educación y cultura a través de la lectura

Mario Torres López

Filósofo. Docente Investigador del IMCED

1

La lectura es un acto de comunicación que nos ubica entre las formas de la imaginación y los actos cotidianos de recreación en prácticamente todo aquello que nos rodea; leer es desarrollar alternativas de percepción del mundo, reconocernos en nuestra sensibilidad y perfeccionar formas de diálogo, no necesariamente verbal, entre los lectores y la experiencia cotidiana de cada uno de ellos. Si asumimos como válida esta premisa, entonces la educación debe estar encaminada al desarrollo de la imaginación, como una vía al conocimiento y a la creatividad, lo mismo en las formas de enseñanza como del aprendizaje. Debemos entender que la experiencia artística no es ajena a la experiencia cognoscitiva, sobre todo cuando entendimiento e imaginación llevan al cumplimiento de un mismo fin: el desarrollo pleno de las facultades humanas.

Así, fomentar el hábito de la lectura –tanto de obras literarias como de aquellas otras de carácter teórico y/o científico– implica hacer que el lector potencial reconozca temas de interés y que se incline a iniciarse en la exploración de su propia percepción del mundo, lo mismo por los sentidos que por la lectura y otros procesos simples de significación, como es la descripción de hechos, sueños o realidades pensadas; para potenciar el pensamiento a través de la lectura, es necesario abrir espacios de comunicación verbal y escrita a partir de experiencias narrativas cotidianas, para reconocer diferentes formas personales de expresión en relación con tiempos y espacios que se hacen converger en los procesos de significación y en su toma de conciencia. Leer nos permite sentir los pulsos vitales del mundo a través de la cultura como producto acabado del ser humano.

La cultura supone el entendimiento, la reflexión y la recreación de las cosas más elementales de nuestro hábitat, los entornos familiares y comunitarios, incluida la escuela, y desde ahí, nos desplazamos hacia los libros, los museos, el teatro y la música. Desde esta perspectiva, el fomento a la lectura supone el reconocimiento de la lógica del aprendizaje que subyace desde el inicial acto del habla hasta la ejecución

de tareas programadas en la actividad académica diaria. Ahora bien, es necesario reconocer que la diferencia primordial entre el arte literario y la literatura científica es que el primero recrea tanto mundos como situaciones imaginarias en circunstancias de verosimilitud, en tanto que la segunda, intenta darle sentido lógico a la realidad mediante procedimientos teóricos sustentados en los principios de demostración y certeza teórica. En ambos casos lo real no aparece sino por intermediación del lenguaje y, por ende, se encuentra sujeta a procesos normativos convencionales.

Una pregunta que podría ser clave es ¿tiene el hombre una “historia natural”? Antes que dar una respuesta académica, dejemos que los estudiantes respondan desde sus propias convenciones culturales; después confrontemos, razonablemente, con lo que dicen algunas teorías o lo que se recrea desde el ámbito del arte.

—
2

¿Qué leen los niños cotidianamente? –como actividad de aprendizaje académica y como actividad extraescolar– ¿cómo leen? –desde el supuesto de que reconocer letras y formar palabras no significa necesariamente un acto de lectura, en tanto proceso de significación. Las preguntas se hacen pertinentes si partimos del supuesto de que la lectura se hace significativa cuando arraiga en la memoria y se vuelve parte de nuestra experiencia y, más aún, de nuestra conciencia social.

Dos elementos que no podemos dejar de lado en los procesos de adquisición y fortalecimiento de la lectoescrituras, son:

- a. El concepto de cultura arraigado en los docentes; de tal manera que a partir de la discusión de este punto podamos discernir sobre la pertinencia y las características de la cultura y la educación artística fomentada desde la infancia.
- b. Que estemos en condiciones de reconocer qué elementos se encuentran presentes en los procesos creativos y en la misma recreación literaria: leer y escribir requiere de la integración de la mayor cantidad de elementos culturales y educativos, para lograr procesos de significación y de diferenciación entre los actos propiamente imaginativos y aquellos otros donde priva la veracidad.

Para el cumplimiento de los objetivos planteados respecto a la inducción a la lectura significativa, es necesario incorporar aquellos elementos de nuestra cultura contemporánea que nos hemos negado a reconocer como imprescindibles; me refiero a los componentes de la cultura visual que van de la imagen publicitaria, la televisión y el videoarte. Sin la identificación de estos elementos en nuestro diario discurrir, difícilmente podremos comprender las formas de significar y de valorar la vida y mucho menos podremos establecer estrategias pedagógicas que vinculen el acto de leer con la experiencia cotidiana.

Pongamos frente a frente la cultura del libro y la cultura audiovisual que predomina hoy e identifiquemos puntos de convergencia; hagamos comprender a nuestros alumnos las diferencias y procuremos no crear graves –supuestamente irreconciliables– conflictos culturales entre ambas formas de ver y comprender la realidad. La formación de lectores debe ir acompañada de una sólida información sobre nuestra cultura y acerca de los valores que la hacen trascender fronteras y arraigar en el contexto histórico de nuestra propia idiosincrasia. En este punto, bien vale la pena recordar las palabras de Carlos Fuentes:

Somos una sociedad multicultural, tanto en el extremo indígena como en el occidental. La diversidad nos invita a no saltar etapas. A no excluir ningún componente de civilización, a no olvidar ninguno los caminos de la relación entre saber, hacer y ser. Pues aprender a saber supone extender el aprendizaje individual al trabajo compartido, a la prueba de una mayor asimilación de la enseñanza mediante experiencias de trabajo y labor social. Pero saber y hacer conducen al cabo al aprendizaje del ser mismo y por esto entiendo, más que otra cosa, la voluntad de tender la mano de la educación a todos: que no se pierda ningún talento de ningún niño, joven o adulto mexicano. Sólo así daremos respuesta humana, respuesta mexicana, a los desafíos del nuevo milenio.¹

Sírvanos esta observación de Fuentes como incentivo y acicate para preguntarnos:

- ¿Qué saben nuestros alumnos de su propia historia cultural?
- ¿Cuántos idiomas, además del español, se hablan en nuestro país?

¹ FUENTES, Carlos. *Por un progreso incluyente*. Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América. México, 1997. p. 126.

- ¿Cuáles son los rasgos de la cultura juvenil mexicana, tanto en las zonas urbanas como en las rurales? ¿Cuáles son las principales diferencias entre una y otra? ¿Cuál es el origen de dichas diferencias?
- ¿Cuáles son los rasgos principales de la cultura nacional?
- ¿Cómo influye la televisión en los procesos de adquisición y consolidación de la cultura escrita?
- ¿Cuáles son las diferencias básicas entre los procesos de habla y los de escritura?
- ¿Qué leen nuestros jóvenes? ¿Cuál es su principal fuente de información?
- ¿Saben leer nuestros docentes? ¿Qué leen? ¿Cuánto tiempo dedican a la lectura?

—
4

El fomento a la lectura debe estar acompañado de la educación estética y de la creación artística como un modo de desarrollar la sensibilidad creativa y recuperar las características de la cultura popular, con la finalidad de reconocer las tradiciones populares, sin que esto vaya en detrimento de la capacidad creativa de los infantes. La educación estética, así planteada, puede ser un vehículo efectivo de consolidación de la identidad de los pueblos, a la vez que se le da sentido a los procesos de enseñanza aprendizaje de la educación general.

La lectura no debe estar separada del canto, el dibujo y las actividades teatrales escolares. Como bien lo señala Alexandre Mélik-Pasháev:

Si se trata de la educación, es necesario, ante todo, determinar su objetivo superior, distante, o sea, el ideal de la personalidad humana, que el educador trata de alcanzar. Pues de ello dependen, en fin de cuentas, todos los medios aplicados: las formas de comunicación, los programas de estudio, los métodos de enseñanza, etc.²

El individuo, independientemente de su edad, no puede ser ajeno a las condiciones sociales de su vida y a los modos de decir su realidad, es decir, a los campos de significación y a las posibilidades de comunicar las interpretaciones derivadas de la experiencia íntima, personal, aunque codificada a partir y a través de los procesos lingüísticos y de los actos de conciencia.

² MÉLIK-PASHÁEV, Alexandre. *Manantiales de creación*. Progreso. Moscú, 1987. p. 17.

En todo proceso educativo, la personalidad, el bagaje cultural y la formación académica del educador es determinante para fomentar la identidad y conformar la personalidad del educando. Por ese motivo es tan importante el reconocimiento de las peculiaridades formativas de educadores y educandos, como la determinación cultural de los mismos programas académicos en que se sustenta la educación nacional.

Educación, socialización y fomento cultural no pueden ser ajenos a las demandas del medio social y a los fines institucionales a través de los cuales pretendemos consolidar un proyecto de Nación. Debemos reconocer que una de las más grandes dificultades de nuestros estudiantes de licenciatura, estriba en la visión que tienen de que las teorías no refieren a la experiencia cotidiana. Aunado a esto, está el hecho de que nunca fueron educados para pensar, reflexionar e interpretar los hechos sociales más allá de la inmediatez de la opinión pública, casi siempre lejos de los textos teóricos, del análisis y la crítica. Sin el desarrollo de la lectura, el análisis y la interpretación, tenemos como resultado contundente la más grande dificultad para asumirse en el proceso de formación teórica e intelectual. Para el grueso de la población estudiantil, la experiencia académica es la única vía posible para certificar la presencia en la escuela y haber cumplido con las exigencias establecidas al interior del aula.

Esta situación obliga a pensar que la revisión de contenidos curriculares en cada uno de los programas académicos de las ciencias de la educación debe partir de considerar puntos tan elementales como los siguientes:

- Actualización teórica, acompañada de una fuerte y constante exploración sobre la literatura reciente y sus entornos culturales.
- Vinculación efectiva entre teoría y prácticas profesionales; lo cual no se hará efectiva si no es a través del conocimiento de las condiciones de nuestra realidad social, económica y cultural.
- La formación académica e intelectual de los estudiantes debe planearse de manera tal, que el trabajo en el salón de clase obligue de modo permanente al reconocimiento de que la formación teórica no quede desvinculada de la investigación, dado que ésta –y solamente aquí– representa el espacio pertinente para que las teorías se vuelvan prácticas e incidan directamente en la actualización de dichas teorías.

- ¿Cómo imaginamos al mundo?
- ¿Qué es una obra de arte? ¿Cómo valoramos los productos artísticos?

Lo que subyace a estas preguntas es la premisa de que toda la vida humana es...

invención, producción de formas; toda la laboriosidad humana, tanto en el campo de la moral como en el del pensamiento y del arte, da lugar a formas, creaciones orgánicas y terminadas, dotadas de una comprensibilidad y autonomía propias: son formas producidas por el trabajo humano tanto las construcciones teóricas como las instituciones civiles, las realizaciones cotidianas y los hallazgos de la técnica, así como un cuadro o una poesía.³

Volvamos al tema de la lectura y asumamos que ésta no puede ser entendida sino como un acto de interpretación, en la que se ponen en juego elementos de cultura, educación e historia tanto individual como local, nacional y universal. Sin la formación cultural ningún individuo, independientemente de la edad, está en condiciones de leer e interpretar su propia realidad. En los procesos interpretativos se ponen en juego realidades afectivas, procesos de comunicación verbal y escrita, así como modos culturales de apropiarse de la misma realidad a través de los usos del lenguaje. Después de todo, la estructuración de la conciencia –esto es, la adquisición del sentido lógico de la realidad significada a través de la lengua y del acto cotidiano de hablar– no siempre se hace posible como una forma consciente en sí, aunque sí culturalmente intencionada en tanto que el sujeto es sometido a procesos de normalización de la conducta, y en virtud de los comportamientos asumidos en los mismo procesos de interacción individuo-familia-comunidad-instituciones académicas.

El lector es un intérprete de textos así como un intérprete de los fenómenos sociales y de la naturaleza. Aprender a leer es aprender a ver, sentir y explicar la realidad que nos implica. En este proceso, la libertad de la lectura debe convertirse en libertad creadora; en donde la fantasía y la imaginación hacen posible traspasar las fronteras de la razón lógica y consciente para sumergirnos en el de la intimidad creadora. Niños y adultos, padres e hijos, alumnos y docentes, debemos darnos esa libertad. La lectura, cualesquiera que esta sea, debe estar en condiciones de inducirnos al ejercicio de la imaginación, de la fantasía y la libertad de interpretar activamente la realidad, a

³ ECO, Umberto. *La definición del arte. Lo que llamamos arte, ¿ha sido y será siempre arte?* Martínez Roca. España, 1985. p. 15.

partir de encontrar puntos de convergencia entre nuestra cultura heredada y los nuevos elementos culturales adquiridos a través de la interpretación de otros textos.

Podríamos preguntarnos como Anatole France

¿Qué es un libro? Una serie de pequeños signos negros; nada más. Corresponde al lector sacar de ellos las formas, los colores y los sentimientos; dependerá de él que su lectura sea opaca o brillante, ardiente o glacial. Si lo preferís, diré que cada frase de un libro es un dedo misterioso, y roza una fibra de nuestro cerebro como se roza la cuerda de un arpa; así produce una nota en nuestra alma sonora. Por muy inteligente e inspirada que sea la mano del artista, el sonido depende de la calidad de nuestras cuerdas íntimas.⁴

Se trata, finalmente, de establecer diálogos culturales, de pensar que la literatura, el arte y el trabajo metodológico implicado en los proceso de enseñanza-aprendizaje de la lecto-escritura, pueden inducirnos a comprendernos mejor en nuestra realidad sociohistórica. Como bien lo dice Roland Barthes:

escribir es ya organizar el mundo, es ya pensar (aprender una lengua es aprender cómo se piensa en esa lengua). Es pues inútil... pedir al otro que se re-escriba, si no está decidido a re-pensarse.⁵

En la escritura, parece sugerir el mismo autor, nos re-hacemos, como acción posterior al pensamiento; en el acto de escribir redimensionamos al mundo y con él nosotros mismos.

Educar, leer, escribir, es aprender a narrar experiencias cotidianas y a estructurar lógicamente modos particulares de entender la realidad para poder comunicarla. Leer es comprender y comunicar. Sin duda, –como afirma Lauro Zavala:⁶

el futuro de la comunicación está en nuestra capacidad para inventar un pasado que nos permita crear un presente cada día más habitable, tolerante y dialógico.

En los procesos enseñanza-aprendizaje, la lectura no tiene que estar sometida a las formas áridas de la didáctica racionalista; explótemos el aspecto comunicativo y explóremos sin temor las formas lúdicas del lenguaje y sus significaciones. Después de todo, la experiencia de la educación y la lectura nos ponen en el camino de la

⁴ FRANCE, Anatole. *El jardín de Epicuro*. Los Libros del Mirasol. Argentina, 1963. p.p. 30-31.

⁵ BARTHES, Roland. *Crítica y verdad*. Siglo XXI, México, 1978. p. 33.

⁶ ZAVALA, Lauro. *La precisión de la incertidumbre: posmodernidad, vida cotidiana y escritura*. Universidad Autónoma del Estado de México. México, 1999. p. 89.

inducción y confrontación, desde diferentes formas de sentir y de percibir, de realidades vividas (empíricas) y realidades pensadas (conceptuales). Los modos de la percepción, el pensamiento y las condiciones culturales son determinantes para establecer procesos efectivos de comunicación, y en ésta, en buena medida, recae el sentido de humanidad.

Leer es desear la obra, es querer ser la obra, es negarse a doblar la obra fuera de toda otra palabra que la palabra misma de la obra... Pasar de la lectura a la crítica es cambiar de deseo, es desear, no ya la obra sino su propio lenguaje. Pero por ello mismo remitir la obra al deseo de la escritura, de la cual había salido. Así da vueltas la palabra en torno del libro: leer, escribir: de un deseo al otro va toda literatura. ¿Cuántos escritores no han escrito sólo por haber leído? ¿cuántos críticos no han leído sólo por escribir? Han aproximado los dos bordes del libro, las dos faces (sic) del signo, para que de ellos no salga sino una palabra. La crítica no es sino un momento de esta historia en la cual entramos y que nos conduce a la unidad –a la verdad de la escritura.⁷

En el deseo de la palabra, tanto escrita como oral, con lo que esto conlleva de efímero o testimonial de permanencia, arraiga nuestra racionalidad para afrontar modos específicos de interpretar al mundo. Con todo y que esto nos arrastra a una serie de equívocos culturales, de anacronismos históricos y enormes lagunas en cuanto se refiere al conocimiento en general, no es sino a través de la palabra que podemos hacer patente nuestros deseos de integración, conocimiento y transformación del mundo en que estamos inmersos.

Así, es una obligación de todo sistema educativo, que, a la vez que se fomenta el cultivo de la inteligencia, se estimule el aprendizaje de los modos de comunicación social. Esto se hace prioritario si nos pensamos en una sociedad en donde los sistemas de comunicación electrónica nos hacen parte de esto que se ha dado en llamar sociedad de la información. Así, la realidad informática confrontada con los modos de la conciencia práctica puede llevarnos a configurar nuevos sentidos de la realidad, sin que eso implique contradicciones vitales o prácticas que desvirtúen los procesos educativos ni se conviertan en procesos empobrecedores de nuestros usos lingüísticos cotidianos, siempre en movimiento, siempre en vías de actualización.

Sin la escritura, el pensamiento se hace fluctuación entre las tradiciones orales y el olvido generacional; nunca historia, nunca imaginación ni posibilidad de utopía. La exploración de las posibilidades lingüísticas de nuestra cultura, hoy tan dada a la integración planetaria; la construcción de metáforas del mundo, de nuestro entorno,

⁷ BARTHES, Roland. *Op. Cit.* p. 82.

hacen posible pensarnos en procesos significativos más complejos que las simples sensaciones existenciales de lo inmediato, lo efímero, lo intrascendente por desechar. En la palabra tenemos la última palabra.

Bibliografía

BARTHES, Roland. *Crítica y verdad*. Siglo XXI. México, 1978.

ECO, Umberto. *La definición del arte. Lo que llamamos arte, ¿ha sido y será siempre arte?* Martínez Roca. España, 1985.

FRANCE, Anatole. *El jardín de Epicuro*. Los Libros del Mirasol. Argentina, 1963.

FUENTES, Carlos. *Por un progreso incluyente*. Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América. México, 1997.

MÉLIK-PASHÁEV, Alexandre. *Manantiales de creación*. Progreso. Moscú, 1987.

MURRAY TURBAYNE, Colin. *El mito de la metáfora*. FCE. México, 1982.

ZAVALA, Lauro. *La precisión de la incertidumbre: posmodernidad, vida cotidiana y escritura*. Universidad Autónoma del Estado de México. México, 1999.